



JOAQUIN ALCALDE.



JOAQUIN ALCALDE

TÓCALE ahora su turno á Joaquinito Alcalde, y comencemos como Virgilio en su égloga V:

Pues que juntos estamos y contentos,
¡Oh! caro Mopso, todo nos convida
A divertir agora estos momentos.

Joaquin Alcalde, á quien á pesar de que ya pasa de los cuarenta y cinco, le llamamos todos Joaquinito, quizá porque en la estatura no es un Ajax de Telamon, de quien dice Homero:

Con su broquel cubierto, que una torre
Semejaba, y de bronce era forrado
Y siete grandes cueros le formaban
De toro.

es la antítesis de Manuel Payno; porque Joaquin tiene una actividad febril, es profundamente impresionable, se

enoja, rie, llora, declama, grita y salta en la tribuna; y en honor de la verdad, que nada de eso es fingido. Siiente Alcalde cuanto está diciendo, y si pinta un combate remeda los sonidos del clarín, los gritos de los combatientes, el pesado avanzar de la infantería, la vertiginosa carga de los escuadrones, las voces de mando, los ayes de los heridos, y hasta las alegres dianas de los vencedores; y despues de una tirada de estas, queda jadeante y sudoroso, meciéndose de fatiga sobre la tribuna, como si real y efectivamente acabara de acuchillar á un regimiento de cazadores de Africa.

Es lo mismo en su conversacion particular, ó cuando lee en voz alta una oda ó un artículo de costumbres: Joaquín se *posesiona*, se entusiasma, se identifica con el personaje de quien habla, con el asunto que describe y con el autor cuyas producciones declama.

Cuenta Filostrato, que Apolonio de Tyana, por una especie de segunda vista, miraba desde Efeso al emperador Domiciano asesinado por Clemente, y que lanzando miradas aterradoras, gritaba lleno de entusiasmo: «hiere, hiere al tirano.» Esta idea nos despierta Alcalde en la tribuna cuando se entrega á uno de esos arranques de enérgica oratoria. Pero ya nos ocuparemos de su estilo, y ántes, vamos á pintar algunos rasgos de su carácter.

Joaquín, como todos los hombres de corazón, es muy buen amigo, no más que hay que tratarle con cuidado, porque la impetuosidad de su genio puede producir una

colision. Joaquín no tiene museo, y no porque le haya faltado mucho que guardar, sino porque es excesivamente franco. Tiene un objeto curioso, por ejemplo, una hacha de armas de la Edad Média: pues si llega de visita á la casa de un amigo y éste tiene una panoplia, Joaquín le dice inmediatamente: «yo tengo una arma muy curiosa y que le ha de gustar á usted mucho; voy á mandársela.» Llega á su casa y desde luego remite el hacha á su amigo.

No hay que alabarle á Joaquín con entusiasmo nada de lo que tenga en su despacho, porque no necesita más que convencerse de la buena fe de la alabanza, para regalar el objeto.

Nos hemos propuesto no hablar de política; más al tratar de Joaquín, le podemos comparar con Don Juan Tenorio: se apasiona súbitamente de las causas políticas con una energía increíble; pero pierde la ilusion tambien con una facilidad admirable.

Le hemos visto diversas veces en las Cámaras, en algunos períodos, pelear como César en la batalla de Munda, *pro vita*, y despues caer en la atonía como si nada le importara ninguna de las peripecias de la lucha.

Esto depende de su profunda impresionabilidad; los que le tratan íntimamente, observan con extrañeza que se pone furioso muchas veces porque un criado le pierde una caja de tabacos, y en ese mismo dia un comerciante quiebra llevándole dos ó tres mil pesos, y Joaquín se rie,

no vuelve á hacer caso del asunto, y sólo una que otra vez hace de esto motivo de jácara y conversacion.

Como orador en los bancos de la oposicion, Joaquin es un hombre terrible: cuando se decide á hacer la guerra á un Ministerio en el Congreso, nadie le iguala en audacia ni en valor civil; se le ha visto abrumar á un Ministro con interpelaciones, tomando la palabra en la misma tribuna que ocupa ese funcionario, como esos duelos que cuentan los novelistas, en que los contendientes se atan de la mano izquierda con un pañuelo.

Alcalde tampoco tiene miedo á la tribuna; es capaz de decir un discurso sobre un tonel en la plaza, como Masaniello.

Alcalde hace versos; no podemos decir que sean muy buenos; pero sí aseguramos que, cuando los declama en público, nadie como él tiene los honores del triunfo. Nadie con tanta energía ha dicho en medio del ejército de Oriente:

«Puebla, te vine á ver, y en tu recinto
Sentí latir el corazon de gozo,

y es seguro que sólo Guillermo Prieto tiene más facilidad que Joaquin para entusiasmar á las masas leyendo ó recitando versos.

Joaquin Alcalde pertenece á la generacion literaria de Mateos, de Riva Palacio, de Altamirano, de Luis G. Ortiz, de Julian Montiel, de Juan Diaz Covarrúbias,

de José T. de Cuellar, de J. de Rodriguez y Cos; pero ha sido el más perezoso de todos para escribir, y jamas ha coleccionado sus producciones, ni guarda un sólo ejemplar de ellas.

Como toda fisonomía que sale de la esfera de lo vulgar, la elocuencia de Joaquin se presta para la parodia, y vamos nosotros á ensayar su estilo:

«Señores:

«Es imposible soportar el completo desprecio con que se ven las leyes de Reforma por algunas autoridades; y esas leyes que han costado la sangre de los pueblos, y la vida de sus defensores, y las lágrimas de las viudas, y el llanto de los huérfanos, y el incendio de las poblaciones, y la ruina de los labradores; ahora ¿qué sucede? ¡Prrrum! Entramos en la diligencia en un pueblo, y apenas llegamos al hotel, ¡glan! glan glan, glin glan, glin glan! ¿Qué es eso? El repique de las campanas, porque es la fiesta titular y va á salir la procesion; y por todas partes ¡pum! ¡pum! ¡pum! los cohetes que atruenan el espacio; y en medio de ellos ¡bum bom! ¡bum bom! las cámaras, señores, costumbre que no se ha podido perder en nuestras poblaciones rurales. No ha pasado un cuarto de hora, y ya delante de las ventanas del hotel va desfilando lentamente una procesion, y las gentes se arrodillan devotas (el orador dobla una rodilla y se vuelve á levantar); pasa un Cristo (el orador abre los brazos, inclina la cabeza y se mueve como un Crucifijo que va en una pro-

cesion), y despues, ¡tam, tam, rataplam, plam, plam! (el orador imita en la tribuna la marcha de la infantería) ¡un piquete de guardia nacional que viene detrás de la procesion! Y entretanto, ¿qué hace el jefe político? y ¿qué hace el Gobernador del Estado? Decir por los periódicos que se le ha cobrado la multa al cura, y cobrar efectivamente esa multa que no es más que la paga de una licencia que en ningun caso autorizan para dar, las leyes de Reforma.

«Esto es inaudito, señores! Yo nunca he pasado la plaza de perseguidor ni de intransigente; pero á la vista de tan flagrantes infracciones del Código fundamental y de las leyes de Reforma, preferiria perder los ojos ántes que callar. Pido que se haga una interpelacion al Gobierno y que venga á explicar aquí esa conducta, con cuyo objeto paso inmediatamente á la mesa á formular la proposicion, con la que pido que se dé cuenta desde luego á la Cámara; y para que el señor Presidente del Congreso no proceda á levantar la sesion, pido que ésta sea declarada permanente hasta tanto que se resuelva sobre la mocion que voy á presentar.»

Por supuesto que con cada uno de estos rasgos arma Joaquinito en las Cámaras, como dirian los españoles, un belen que tiembla el misterio, y despues de una discusion acalorada, y de discursos enérgicos, y de terribles invectivas, y de sangrientos apóstrofes, cuando se espera encontrar á Joaquin orgulloso con un triunfo, ó es-

pumando de cólera por una derrota, se le halla tranquilamente al salir del Congreso, hablando con algun abogado con la mayor naturalidad, de los autos que sobre rescision de un contrato y pago de daños y perjuicios, siguen, en estado de apelacion, D. Nicomedes Chiribía contra D^a Pancrasia Chupatesa.

¡Qué cosas! ¡qué contrastes! Pero nada, el hombre es así como Dios lo ha hecho; y al leer este artículo, quizá se pondrá furioso, y alentando coraje se dirigirá á la redaccion de *La República*; mas si la buena suerte le depara en su camino á Vicente Parada que le hable del concurso de Jecker, ó á un amigo á quien dar su queja, su enojo cesará diciendo con Esquilo en las *Suplicantes*:

Son una procaz y malvada ralea estos hijos de Egipto que no se hartan nunca de contiendas, aunque se lo estoy diciendo á quien lo sabe como yo; y encendiendo un puro repite aquel conocido verso de una comedia, que dice:

Cuando así juntos nos vemos,
Que hermanos somos presumo;
El brazo. . . . la vida es humo;
Fumemos, chico, fumemos.

Nosotros le oimos, y sin darnos por aludidos, al otro dia, al encontrarnos con él, le dirémos, con algun recelo:

—'Adios, Joaquin—y de fijo que con su cara festejosa como siempre, nos ha de contestar:

— Adios, Cero.

Si Alcalde se hubiera dedicado á la oratoria sagrada, es decir, previas las órdenes eclesiásticas, ¡qué predicador tan famoso habria sido! ¡Qué sermones del Prendimiento y de las Tres Caidas! ¡Qué Pésame el Viérnes Santo! ¡Qué pláticas sobre las postrimerías!

¡Ah! de seguro que no sabe la Iglesia lo que ha perdido con no tener entre sus canónigos á Joaquín.

Cuando él, en un templo iluminado por la moribunda luz del día, escasamente secundada por el resplandor trémulo de algunos cirios, subiera al púlpito, y con esa voz que tan bien sabe apropiarse á los relatos pavorosos ó á las descripciones de cosas terribles, comenzara á hablar del Juicio final, de bramidos subterráneos, de nubes negras vomitando fuego y peñascos, de estrellas desprendiéndose de sus centros, de muertos saliendo pálidos y *ensabanados* de sus sepulcros, de la trompeta del Juicio, y de toda la portentosa y tremenda decoracion con que los libros místicos *exornan*, como dicen los cómicos, ese espantoso drama que pintó San Juan en su Apocalipsis y que glosó Malanco en su artículo sobre el Valle de Josafat; de seguro que los fieles que asistieran á ese sermón habrían de pasar un mal rato; y aquello seria un verdadero día del Juicio, porque unas mujeres gritarian, y otras caerían convulsas con accidentes de histeria, y otras huirían desmelenadas á la calle, y los chicos pondrían el grito en el cielo, y los hombres se mesarían los cabellos, y en un descuido, la policía, espantada, tomaría parte, y los

campaneros tocarían á fuego, y la alarma cundiría hasta los cuarteles, en tanto que Joaquín, desde lo alto de la cátedra de los apóstoles, haría temblar las bóvedas del templo con un apóstrofe contra los pecadores contumaces, ó imitaría el pavoroso toque de la trompeta del Arcángel.

Luego descendería tan tranquilamente del púlpito como si nada estuviera pasando, y después de agitar coquetamente una de esas ricas tabaqueras de oro esmaltadas y cinceladas que usa, diría con una sonrisa de amabilidad admirable, á cualquiera de sus amigos que estuviera allí para felicitarle: — «¿Un polvo?»

En Atenas, refiere la historia que en los tiempos de Cimon, ó Kimôn, como escribirían los filólogos alemanes ó ingleses, que no se conforman con la ortografía latina para los nombres griegos; en esos tiempos que fueron los de la edad de oro para la tragedia clásica, un poeta fué multado por los archontes, por haber hecho representar una tragedia en la que había episodios tan terribles, que más de veinte mujeres abortaron en el teatro, otras enfermaron gravemente, y la mayor parte de los espectadores salieron huyendo ántes de que terminara la pieza que se representaba.

En un sermón de esos, que entre el clero se llaman de «desempeño,» Joaquín hubiera sido muy capaz de producir el mismo efecto que el poeta griego.

Pero si Alcalde ni predica ni ha de predicar, ¿á qué viene hablar de eso?

Pues viene, porque me da gana de disertar sobre esa hipótesis.

Tito Livio, que escribió su gran historia cuando no había libertad de imprenta, supuesto que ni imprenta había, y que no tenía como yo, garantida la libre emisión del pensamiento por un artículo expreso del pacto fundamental (vulgo, Constitución), gasta muchas hojas de su libro no más para discutir qué hubiera acontecido si Alejandro Magno, en vez de emprender sus conquistas en el Asia, se hubiera dirigido á Europa y sobre la República romana, y si hubiera podido triunfar ó no de Camilo, y de los Mucios, y de los Manlios, y si los elefantes, y el armamento de sus tropas, y la falange macedónica habrían prevalecido sobre la táctica y el valor de las legiones romanas: y yo, ¿no he de ser libre para extender un comentario en honra y gloria de Joaquin Alcalde?

Bastará que yo termine para que pueda decirse con Aristófanes en la paráfrasis de su comedia *Los Caballeros*:

«En gracia de esa modestia, que le ha impedido decir más necedades, tributadle un aplauso que iguale al estruendo de las olas.»

